

AMÉRICO CASTRO, *Origen, ser y existir de los españoles*. Taurus, Madrid, 1959; x + 174 pp. (Colección *Ser y tiempo*).

La producción crítica e historiográfica de Américo Castro en estos últimos años es, en gran parte, un desarrollo sistemático de ciertos aspectos parciales —y no por ello menos importantes— relacionados con las ideas expuestas por primera vez en *España en su historia* y reelaboradas luego en *La realidad histórica de España* (México, 1954). Esto es especialmente cierto si dejamos a un lado su espléndido estudio *Hacia Cervantes*, en que tantos puntos acerca de la génesis del *Quijote* y el clima cultural y vital que lo hizo posible quedan aclarados, y nos atenemos, ante todo, a sus *Dos ensayos* (México, 1956), *Santiago de España* (Buenos Aires, 1958), el libro que ahora comentamos, *Origen, ser y existir de los españoles*, y, finalmente, algunos artículos publicados recientemente, como el que en *PSA*, 20 (1961), 9-21, aclara la etimología de *hijodalgo*.

Las ideas de Castro acerca de la historia de España durante el período formativo de la Edad Media han provocado una mezcla de entusiasmo y crítica. Algunos de sus opositores, como Leo Spitzer, modificaron más tarde, parcialmente, su reacción inicial. Otros, como Sánchez Albornoz, han expuesto una y otra vez su actitud negativa frente a dichas ideas. Por ello precisamente —y es éste quizá el único resultado positivo de las controversias entre eruditos, que con frecuencia introducen en el mundo académico un ambiente de tensión— Castro, a su vez, se ha visto obligado a explicar con mayor detalle sus puntos de vista, ampliarlos, señalar claramente las consecuencias de los mismos, y añadir nuevas provincias al mapa, ya originalmente extenso y detallado, de los orígenes de España. El libro de Castro que aquí comentamos no es, en todo caso, una *vulgarización* de las ideas expuestas en *La realidad histórica de España*. Pero al dar por supuesto en el lector un conocimiento de su obra previa, puede Castro subrayar con mayor intensidad y en forma relativamente más rápida las conclusiones a que tendían sus otros libros. Existe por ello entre este último libro y los anteriores la misma relación que —pongamos por caso— entre los *Prolegómenos* y la *Crítica de la razón pura* de Kant. Y dada la unidad y claridad de este último libro de Castro, el neófito podría perfectamente iniciar con él el estudio de su obra, y remontarse luego a los trabajos anteriores, más detallados y vastos.

El tema esencial del libro es la imposibilidad de llegar a una interpretación correcta de lo acontecido en la historia de España durante la Edad Media si no abandonamos la idea de que los españoles han existido siempre, y de que los artistas que pintaron en la cueva de Altamira, por ejemplo, eran ya artistas españoles. Esta idea platónica y atemporal —por tanto estrictamente a-histórica— del español eterno, que nos recuerda el “fijismo” biológico de Cuvier, agradable al español medio por permitirle sentirse anclado en un prestigioso y remoto pasado, se basa en un malentendido. En la Edad Media, “en lugar de la *Hispania* romano-visigoda (la «*Hispania citerior et ulterior*» aún presente en el cronista mozárabe de 754), comenzaron a manifestarse, heroica y prodigiosamente, los fundamentos de las *Españas*, en engañosa conexión etimológica con el pasado, pues la conexión fonética y la vital no caminan de la mano” (Introducción, p. iii). Las Españas de la Reconquista, autónomas, en tensión

constante por hallarse en presencia de moros y judíos, no funcionaban vitalmente como el reino unificado de los visigodos. Lo más importante en una cultura, lo decisivo, es el sistema de valores. Si queremos apartarnos de este punto de vista caeremos en el racismo o en una visión a-histórica, totalmente fuera del tiempo. Los egipcios de hoy no funcionan vitalmente como los de la época de Ramsés II: más allá de toda cuestión racial o de la supervivencia de monumentos en mejor o peor estado de conservación está el sistema de valores por el cual los hombrse rigen sus vidas. Esto es fundamental; y el libro de Castro, al subrayarlo una vez más, y aportar, al mismo tiempo, nuevos datos relativos al origen de los españoles, contribuye a esclarecer muchos puntos oscuros. El capítulo sobre El-Andalus es en este sentido —junto con la introducción— de especial importancia. Un capítulo sobre Jorge Manrique ayuda a deslindar lo español de los ambientes culturales no hispánicos, como, por ejemplo, el que dio origen a Villon. Otro capítulo, claro y enjundioso, trata de la “dimensión imperativa de la persona”, de este *personalismo* tan hispánico, tan generalizado en todos los ámbitos de la cultura y la historia de los pueblos de habla española, y es de especial interés para la precisión de ciertas posturas fundamentales de los españoles frente a los problemas que la historia les ha planteado a lo largo de la azarosa y angustiada existencia de las Españas. En conclusión, todo el libro contiene visiones particulares —pero muy bien integradas en un todo coherente— de lo que los españoles sintieron acerca de sí mismos y del mundo que los rodeaba, tanto en los primeros siglos como más tarde. Y con ello queremos decir que es libro indispensable no sólo al especialista en temas medievales, sino a todo el que quiera entender el fenómeno de los orígenes del pueblo y la cultura españoles.

MANUEL DURÁN

Yale University.

RICHARD B. DONOVAN, *The liturgical drama in Spain*. Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto, 1958; vi + 230 pp.

La obra que reseñamos será en adelante *item* indispensable en la bibliografía del teatro religioso medieval, y punto de partida de cualquier estudio sobre el teatro litúrgico español. Su publicación viene a llenar un vacío de la bibliografía pertinente en la literatura española. No es sólo una considerable aportación de materiales nuevos —producto de activa búsqueda en bibliotecas eclesiásticas y seglares y archivos catedralicios—, sino también una síntesis que abarca lo que ya se conocía sobre el tema. Las pp. 200-216 ofrecen la lista de los textos manuscritos e incunables utilizados junto a otros que existen, con mucha probabilidad, pero que no pudieron ser consultados por el autor. El número de éstos es en realidad pequeño, de modo que la exploración efectuada puede considerarse completísima.

Antes de la publicación de *The liturgical drama* podía conjeturarse que una exploración como la emprendida por Donovan llevaría quizá a conclusiones diferentes de las conocidas ya desde antaño: en el futuro, en cambio, podrá aparecer algún texto valioso, significativo, pero no